



Obreros y patronos.

¡Qué saludable calma recoge mi espíritu en las soledades del mar! ¡Qué bellos paisajes va ofreciendo á mis ojos la naturaleza asturiana con sus montes ásperos, con sus bosques de sombrío verdor, con sus praderías esmeralda, con sus fieras rompientes donde se estrella el oleaje, escupiendo á la atmósfera los salivazos de su espinal...

Apenas si el recuerdo del vivir ciudadano, con sus luchas y con sus fiebres, con sus miserias y sus excelsitudes, acude á mi memoria en este suave deslizamiento del *Felisa* sobre las aguas, en este sereno desfilarse de montañas y rias, en esta plácida visión de un

cielo azul que nunca termina y de un mar verde que no concluye nunca.

Imagino ahora, por obra del ambiente que respira y vive mi ser, que el mundo se ha vuelto paraíso, que la humanidad es comunión de hermanos, reunidos bajo el sol ó bajo la luna, para enviarse, de un extremo á otro de la tierra, un saludo amoroso.

Esto imagino; y, apenas desembarco, la gran lucha humana de los actuales tiempos, la pelea entre explotadores y explotados, la batalla de proletarios y burgueses, aparece ante mí con caracteres de violencia, con enconada terquedad, con irreductible enemiga.

“¿No sabe usted—me dicen—lo que ha ocurrido anteayer? Al atentado contra Orueta, al asesinato de Lantero, ha seguido una violencia más. En plena calle céntrica, á medio día, fué agredido don Felipe Menéndez. Un obrero cayó contra él navaja en mano; de milagro escapó. ¡Esto es horrible, créalo usted, horrible! Si las cosas siguen de tal modo, no sé lo que va á ocurrir en Gijón.”

Quien me habla es un excelente hombre, un rentista honorable, amigo de la paz. El está porque no riña nadie, porque le dejan cortar sosegadamente su cupón y comer tranquilamente sus *fabes* y su carne de *gochó*.

Claro que, el buen sujeto, pide y aboga por la paz, no mirando al beneficio común, ocupándose del particular beneficio. Poco ó nada sabe de sociales problemas; menos aún de lo insoluble que ellos son dentro del régimen social presente.

El obrero no puede vivir en criatura humana con el trabajo que realiza y con el jornal que percibe; los patronos—sobre todo los que explotan pequeñas industrias—no pueden tampoco acrecer los jornales y reducir las horas de trabajo.

“Si el jornal no aumenta y mis horas de faena no disminuyen—exclama el obrero—, me aniquilo.”

“Si aumento los jornales y disminuyo las horas de trabajo, me arruino”—responde el patrono.

Ello es verdad y tienen razón las dos partes.

De ahí—salvando otros motivos de substancia mayor—la lucha de obreros y patronos; lucha que no cesará mientras la organización social presente subsista, mientras los hombres todos no se convenzan de que el régimen capitalista y propietario ha hecho bancarrota y lo sustituyan por otro.

En estos alegatos, suele andar la justicia del lado del obrero; no quiere ello significar que el obrero deje de excederse, y se exceda, más de una vez, en sus pretensiones; aun así y todo, si alguien merece disculpa en el exceso, son los trabajadores. Hace mucho tiempo que viven manejados como instrumentos y gobernados como bestias.

Concretándome al caso de Gijón, y según los informes que me ha sido dable adquirir, parece ser que la culpa de la zozobra y de la violencia, hoy reinantes en la ciudad, toca á los patronos.

No se han conformado éstos con luchar, leal y legalmente, en defensa de sus intereses.

Han abierto contra los obreros una campaña de persecución, negándoles el fuego y el agua, apelando á los más crueles extremos para acorralarlos y desunirlos. De ahí la enemiga de los trabajadores; de ahí su odio á la Asociación patronal; de ahí los atentados contra Orueta, contra Lantero, contra Menéndez. Bárbaros serán los atentados; pero también ha sido bárbara la conducta de la Directiva patronal.

Tres ó cuatro huelgas parciales, ganadas en 1909 por los gremios de construcción y de aserradores mecánicos, dieron por resultado el aumento y desarrollo de las organizaciones obreras. Para contrarrestarlos, asociáronse los patronos. Hasta ahí fueron bien; ejercían un indiscutible derecho. ¡Ojalá se hubieran limitado á ejercerlo! Abusaron y abusan de él.

La Asociación Patronal Gijonesa, tal y como hoy procede, no es ejército de soldados, es junta de verdugos, instrumento de suplicio, tan cruelmente manejado, que ya, en la huelga de 1910, tuvo el entonces gobernador, don

José Limón Caballero, que poner coto á las demasías patronales con enérgica y gallarda actitud.

No por eso entraron en razón. En Abril del 910 declaran la huelga los ferroviarios de Langreo y, por mandato de la Asociación Patronal, cuando la huelga fina, son despedidos de la Compañía el presidente y secretario de aquella Sociedad. ¿Por malos trabajadores? No. ¿Por inductores á violencias? No. ¿Por coaccionistas? Tampoco. Porque acaudillaron la huelga; porque llevaron en la huelga la voz de sus hermanos.

¿Era de justicia en los patronos despedirlos? Porque no lo era, vino el "boycottage" y vino, acaso, el atentado contra Orueta, á quien conoció ha tiempo en Gijón predicando el credo socialista, hablándome de la participación en las ganancias para los obreros de su fábrica, mostrándome el régimen socializador de ésta, que era, según Orueta, principio de mayores progresivas reformas... Por lo que me dicen, ha cambiado mucho desde entonces.

A partir del 910, los patronos no se detienen. Expulsan á los obreros de las fábricas; echan mano de la influencia para procesarlos y encarcelarlos; persiguen á Quintanilla, á Sierra, á Pico, mozos de talento que defienden, pluma en ristre, al proletariado; hacen que se detenga y que se apalee á los dos últimos: sin sentido cayeron, á golpe de vergajo.

Desatentados, ciegos, estoy por decir enloquecidos, ante nada reparan; acuden al apoyo de caciques y de políticos para vejar al adversario. La causa instruída contra un obrero por supuesto atentado, hace ya doce meses, sigue en sumario aún, y el obrero continúa en la cárcel, sin que haya prisa por averiguar si es culpable ó si es inocente. ¿Para qué? En la cárcel ha de estar mientras se averigua. Fundan los obreros dos periódicos, y no se ceja hasta conseguir que los impresores—por seguro temor de perder toda otra faena—dejen de imprimirlos; al trabajador que no quiere someterse, se le niega tarea; al que resiste, se le obliga á emigrar. Cualquiera arma,

cualquier recurso, son buenos contra el proletario, en este vértigo que sufren los patronos.

Los trabajadores contestan á la persecución con la rebeldía, al castigo con la violencia, á la agresión con la agresión. La ciudad asturiana es campo de batalla.

A veces, sorda y ocultamente, á veces, franca y estruendosa, la batalla no cesa. De temer es que un día, por imprudencia cruel de los unos, por brutal acaloramiento de los otros, suceda algo terrible que ponga espanto en las conciencias y en los corazones angustia.

No es así como pueden suavizarse los caminos para llegar á una avenencia. Otros caminos hay; por ellos deben todos ir; primero que nadie, los patronos. Son los más fuertes; han sido también los más provocadores.

¡Odios, venganzas, luchas! ¿A qué ni para qué? ¡Sería tan fácil vivir en noble paz!

¿Cómo no lo ven, cómo no lo practican así los obreros y los patronos asturianos?

En sus altas montañas, en sus alegres praderías, en sus playas hermosas hay espacio y

pan y dicha para todos. ¿Por qué no disfrutar de ese espacio en familia? ¿Por qué no gozar esa dicha en hogares fraternos? ¿Por qué no comer juntos ese pan, sazonándolo con palabras de amor?...



Mar y hombre

Es de centurias y centurias la lucha. Ninguno se rinde. Terco y fiero el mar, se opone al esfuerzo del hombre y trata de invadir sus dominios; el hombre, paciencioso y astuto, prosigue su empeño y va dominando á la fiera.

Al principio de la pelea, era el hombre débil, porque era ignorante. El mar jugaba á su antojo con él. Un manotazo despreciativo de las olas, volcaba los ahuecados leños que tripulaba el hombre. Espanto eran de éste, cuando hizo las primeras naves y fué de un país á otro, los rumores del oleaje, las voces del viento entre las velas, los monstruos que bajo la espuma aleteaban, las rocas desafadoras que

en el horizonte surgían. Por miles inmoló víctimas al trágico dios de las aguas, que veía alzarse sobre ellas con los verdes ojos amenazantes y la áspera cabellera blanca sacudida por las garras del vendaval.

¡Épocas felices aquellas para el mar! El hombre era su tributario, su mendigo! De rodillas solicitaba el paso por la líquida llanura verde.

Más tarde se instruyó. Al instruirse, se hizo fuerte. La ciencia fué en su ayuda, proporcionándole medios, instrumentos, armas seguras de combate. El arrodillado se puso en pie; el mendigo cerró la diestra en puño; el hombre desafió al Océano y comenzó la lucha.

Fué terrible. Terrible continúa siendo; pero el hombre va triunfando del mar. Aún son victorias parciales y sangrientas las suyas. El enemigo se defiende con terquedad, cediendo cuarta á cuarta el terreno.

¡A costa de cuántas víctimas lo cede! Empeadrado se halla con buques; innúmeras son las vidas que sus fauces sorbieron. Y dominamos su superficie nada más. El fondo no nos per-

tenece. Si llegamos á él, lo hacemos brevemente, á hurtadillas, para abandonarlo con horror ó para quedar en él sepultados. Fondo es aún de misterio: templo sombrío, donde se yergue triunfador, con su corte de monstruos, el dios de los ojazos verdes y la cabellera de espumas.

¡Ay de quien baje al templo y profane las arcadas neptúnicas! ¡Peligro corren de no volver, hasta quienes, en solicitud de limosna, llegan á sus umbrales! Preguntádselo á los pescadores de perlas, preguntádselo al buzo, preguntádselo á los buscadores de coral. ¡Ellos os dirán cuántas existencias costaron los collares de riquísimo oriente que lucen, en bailes y teatros, las hembras de la tierra; cuántas vidas suponen las arracadas y las gargantillas de coral con que se adornan las hermosas; cuántos martirios representa extraer de aquellas cavernas un resto de naufragio.

Y si cuesta vidas y más vidas acercarse á la puerta del templo, ¡qué no costará entrar en él, para echar al dios de sus altares!

¡Recorrer los fondos submarinos! ¡Ir por

ellos como por cima de las aguas! ¡Convertir en realidad la leyenda verniana, el *Nautilus*, gobernado por Nemol... Será ello un día, como ha sido otro día el dominio del aire; pero, hasta ese día, ¡cuánta sangre humana consumida en el servicio de la ciencia! ¡Cuánta humana sangre recogida por los cóncavos submarinos ó sorbida por los monstruos que defienden el templó!...

Un episodio de esta lucha incesante, de este perpetuo batallar, fué contemplado por mí en el Musel, en el puerto que está construyendo Gijón.

Es allí dura la pelea entre el hombre y el mar. El hombre se esfuerza en poner un dique al Océano, en resguardar de sus iras al navegante. El Océano se esfuerza porque el hombre no consiga el propósito. Echa mano aquél de toda su ciencia y de todo su poderío; echa mano éste de toda su fuerza y todo su rencor. El hombre pide auxilio á los grandes bloques, á las grúas enormes, y amontona piedra sobre piedra para contener los embites del mar; el mar llama en su apoyo á los vendavales, á las

nubes preñadas de electricidad, á las montañas verdes, que caen contra los bloques con estruendo de maza.

Hoy es una grúa la que el Océano, saltando sobre el muro, coge con sus garras y vuelca de golpe en el abismo; mañana es un trozo del muelle, un cacho del fuerte paredón, lo que las olas pulverizan y arrastran... El hombre no se rinde por estos contratiempos, por estas parciales victorias del mar. Paciente, seguro de sí mismo, retorna á la brega, levantando lo caído, rehaciendo lo roto, afirmando lo descuajado; la obra del Musel avanza entre el crujir de las grúas, el pitar de las máquinas, el bambolear de las cadenas, el lento descenso de los bloques y el rugir bravo de las olas, que contra el muro dan y en él se desgarran y en hirvientes remolinos giran y regiran al largo de los diques.

Desde el muelle contemplo el trabajo realizado por la grúa para alzar un bloque y transportarlo al fondo del Océano.

El bloque es gigantesco; toneladas y toneladas pesa. Dos hombres lo enganchan á la grúa.

Sube ésta despacio, tirantes las cadenas, fáciles y majestuosos los movimientos; luego cambia su dirección y, sosteniendo el bloque en el aire, va dejándolo caer sobre el Océano. Los buzos aguardan, encima de una lancha, el momento de sumergirse y empezar su trajín, á veinte brazas de profundidad.

El Océano espera el choque de la masa, sacudiendo sus ondas. ¡Bah!—parece decir.— ¡Que bajel... En cuanto me toque, la rodearé con mis brazos, y al fondo. Es ruin enemigo. ¡Que venga!

El bloque descende poco á poco, muy poco á poco, hasta rozar las aguas; éstas comienzan á lamerlo con suavidad traidora; lengua son de reptil cuando pasan por él, humedeciéndolo y manchándolo. Línea á línea, entra en el mar el bloque; las ondas lo envuelven con dulzura, en planta de caricia; de pronto, lo asaltan, formando remolinos; bajo ellos se pierde, ya no se le ve; para siempre ha desaparecido; el Océano lo tragó.

Cuando el remolino se aclara, cuando las aguas vuelven á oscilar mansamente, el mar

se yergue vanidoso: “¡Eh! ¡Qué tall—pensará.— ¡Qué había imaginado ese animalote! ¡Que iba á poder conmigo! Pues ya lo ve... Ni rastro.”

Así habla el mar. No ha comprendido que le engañan: que el hombre, más astuto que él, va arrojando esas piedras para que los buzos las ordenen y las pongan unas encima de otras, para que el muelle suba y se extienda y domine el viaje de las aguas... Día llegará en que las olas quieran romper contra ese muro, deshacerlo, pulverizarlo, y su empeño resulte inútil, su rabia infecunda, y sus rugidos impotentes.

Alzará montañas de espuma, las precipitará contra el murallón y éste seguirá en pie. El hombre, cruzado de brazos en el muelle, gozando su victoria, dará por respuesta á los bramidos del Cantábrico una despectiva sonrisa.



Tierra gallega

Arosa, Marín, Vigo, rías bajas de la divina Pontevedra, conmigo venís, retratadas en mi cerebro os llevo, cuando el *Felisa*, rebasando las Cies, pone su rumbo á Portugal.

¡Qué divino poema ha escrito la Naturaleza en esas tres rías, joyas inapreciables de la Galicia soñadora y romántica! ¡Todos los verdes celebran congreso en sus montañas, certamen fraternal que las brisas dulcemente corean, bajo un toldo de nubes, anacaradas por el sol!

Las tres rías son bellas, de una belleza femenina. Las tres llenan el alma de placenteras languideces; las tres hablan de tranquilos amores, de caricias suaves, de besos sin ruido, gozados á la sombra de los pinares, en los le-

chos de hierba, que mulleron las praderías, en los camarines que las peñas construyen, en las alcobas que forman las rocas junto al mar, en el propio mar, de aguas azules y serenas. ¡Qué delicioso viaje puede realizarse por aquellas aguas, al perezoso compás de los remos, haciendo el varón cabezal del pecho de la amada, haciendo la hembra, con sus brazos, un ceñidor para la cintura del amante!...

De amor hablan, tierra gallega, tus seductoras rías, con la voz fresca de sus brisas, con el rumor melancólico de sus ondas; perfumes de amor traen las hierbas del monte, con el sacudir de sus tallos, las olas del mar, con el revolver de su espuma; al amor invita tu cielo, cubriendo sus azules de nubes, entoldando con encajes de niebla los rayos áureos del sol, para que el misterio y la semisombra presidan y autoricen la nupcia.

Grata vida se podría vivir en vosotras, junto á una mujer placentera, en el fondo de una casita blanca, rodeada de flores, oreada por las brisas del Océano. ¡Cómo irían y vendrían en el blanco nido las horas, al son de la gaita,

al relato de las rancias consejas, al cuchicheo de las voces, al vaho cálido de los alentaes y suspiros!...

Bellas son, con gentil belleza femenina, las tres rías gallegas; pero cada una de ellas tiene su nota peculiar, su personal carácter.

Marín es la chiquilla que aún no se hizo mujer y retoza al libre, con los cabellos destrenzados y las innúbiles carnegillas al aire. Villagarcía es la moza que, viéndose garrida, presume y se acicala, para espolear los deseos del queredor. Vigo es la matrona hermosa y grave, ufana de sus pechos ubérrimos y de su fecunda matriz.

*
* *

Tras un día bravamente pasado en Villagarcía y en Marín, visité de punta á cabo la bahía de Vigo.

Zabaleta, el simpático Zabaleta, antiguo presidente de una estudiantina que honró nuestro nombre en París, y hoy director del lazareto de Vigo, puso á mis órdenes una lancha automóvil.

En ella y en compañía de Zabaleta y del capitán del *Felisa*, hice la excursión por este paraíso, donde á tal punto se confunden los verdes de la tierra y los verdes del Océano, que no se acierta claramente á saber cuándo concluye la montaña y cuándo empieza el mar.

A mi izquierda desfilan pueblecillos y pueblecillos blancos, bosques de manzanos y pinos, caseríos de rojas chimeneas, empenachadas de humo. A mi derecha van asomando playuelas solitarias, cortaduras, tapizadas con musgo, terraplenes y puentes por cima de los cuales pasa, crujiendo bravucón y pitando recio, el tren de Redondela.

En una ensenada minúscula, vese el fondeadero donde se hundieron los incendiados galeones. Aún hay empresas buscadoras del oro sepultado con ellos. Quizás lo hallen; pero vale tener en cuenta que á los galeones sobróles tiempo de prevenirse; que el oro fué en toda época, más venerado que reliquia, y que, acaso, acaso, cuando los galeones fueron hacia abajo, el oro fué hacia arriba. Ello es un pensar mío. Sin embargo, en el fondo de la

ensenada han aparecido muchas cosas: cañones, sables, instrumentos... hasta creo que pabillos de dientes. De dinero, ni rastro. ¡Quién sabe si habrá crustáceos ladrones! Después de todo, ¿por qué negarle al mar lo que tanto abunda en la tierra?

El lazareto es modelo de instalaciones; con los mejores del mundo puede competir. Débeselo á los desvelos de Zabaleta y de Nogueira, celoso administrador de la casa. Tan bien han dispuesto los edificios, y tan prácticamente han arreglado paseos y jardines, que entré en ganas de sufrir cuarentena; más aún entraría, si Zabaleta y Nogueira contrajeran el compromiso de servirme á diario la cerveza bávara que saboreé, charlando con ellos, bajo una bóveda de mirtos.

Fué á la noche el retorno. Nos acompañaban tres legos de un convento vigués. Ignoro qué pensarían del paisaje. Yo lo devoré, lo tragué con los ojos, para llevármelo en el alma y evocarlo durante mis horas de fastidio ó desilusión.

Lo que al día, bajo el pabellón de las nubes,

es paraíso, tórnase quimera al rayear blanco de la luna. Mar y montes son bellos fantasmas que se desdibujan en la atmósfera y aparecen y desaparecen entre una lluvia diamantina, á los términos del paisaje. La lancha automóvil, en su avance, sacude las fosforescentes aguas de la ría; tal que joyeles brillan, al choque del barco las espumas; estrellas errantes parecen, con la fosforescencia, los pececillos que huyen: Vigo es como una escala luminosa dirigida á los cielos.

Arosa, Marín, Vigo, rías bajas de Pontevedra, conmigo venís.

¡Ay, quién recobrará la juventud perdida!
 ¡Quién volviera á sentir las ansias del amor,
 para ir á vosotras, rodeando con los brazos el
 talle de la amada, recogiendo sus alantares
 con besos largos, silenciosos, sin ruidol...



Sinfonía en verde.

Recostado en una "dormilona", dejo vagar mis ojos. La tierra no se ve. Durante la noche se escondió. En sus negruras ha desaparecido. Ahora, al amanecer, sólo resta visible el mar. Va dilatándose frente á mí, bajo un cielo opalino que se tiñe al oriente de anaranjados resplandores.

No hay rizos de espuma en las ondas; van las aguas mansas; el buque marcha silencioso, sin vaivenes, como si patinase. Ni una vela ni un jirón de humo manchan el horizonte. Aislado me hallo en esta soledad. Mis pupilas se enderezan á los confines del espacio, donde cabecea pausadamente el sol.

Fué su Poniente rojo. Como un globo in-

cendiado se ocultó entre las aguas; llamas de hoguera parecieron los jirones de espuma, al salpicar contra la atmósfera; un reflejo ígneo purpureó las nubes; luego todo palideció; las aguas negrearon y advino la noche, coronada de estrellas.

En esta aurora tiene el Océano matices verde acero; liso y opaco está, sin cambiantes ni transparencias; diríase que ha muerto, tales son su reposo y su lividez. Por muerto lo tuviera, si, de tiempo en tiempo, no se alzarán y se deprimieran las ondas, acusando la respiración del coloso.

La pesadumbre, la atonía del mar se comunican á mi espíritu; tal vez sus livideces, reflejando sobre mi cara, la tornan cadavérica. Si algo vive y se agita dentro de mi ser, es lo que ya murió: ambiciones deshechas, amistades rotas, esperanzas desvanecidas, amores traicionados... Todos flotan en mi alma; todos sacuden mi conciencia, envolviéndome con un sudario de recuerdos.

Ello dura muy poco, lo que tarda el sol en aparecer totalmente, mostrando bajo el cielo

su cabeza jocunda, coronada con haces de oro.

Al influjo del sol, mi alma y mi cuerpo sacuden su melancólica pereza. Puesto en pie, sonrío al padre de la luz. Algo, que es fuerza y esperanza, electriza mis nervios y enciende mi sangre. Es como una resurrección, como un retorno á las épocas moceriles. Antójaseme que lo pasado no fué nunca; que, nuevo Fausto, de Goethe, ó Adán redivivo, de Espronceda, he sufrido, por obra demoníaca ó prodigio de encantamiento, una total renovación. Mi corpórea vestidura no siente el peso de los años; no siente el de los desengaños mi espiritual urdimbre. Creo, espero, confío. Candidez juvenil, santa inocencia, inmaculadas ilusiones de amor, de felicidad y de gloria, que el sol mete por mis sentidos, ¡benditas seáis, siquiera duréis poco, siquiera debáis morir presto, apuñaladas por la realidad!

El mar también experimenta el influjo del astro.

Ya no es desmayado gigante; ya no es de acero su color. La brisa, acariciándolo con dulzuras de enamorada, lo despierta; sus ondas

vibran y se reúnen, dibujando frunces damasquinos; el sol se filtra por las aguas, enjoveciéndolas, afacetándolas con sus dedos de lumbré. El Atlántico se divide y subdivide en franjas, donde campean todos los matices del verde.

Cerca de mí, los verdes son claros, transparentes, dejando entrever profundidades diáfanas; más lejos, los verdes se oscurecen, las olas remedan montículos nevados; más lejos aún, el verde se torna bronceo; aquí es rojizo, como salpicado con sangre; allá, amarilloso, como barnizado con ocre; en las lejanías azulea; en los términos del horizonte, hacia Ocaso, son de lirio sus tonos; diamantinos sus reflejos, hacia Oriente, donde el Océano muelle su cuna al sol.

Toda esta gama, todos los brochazos de esta paleta unicolora, van, vienen, bajan, suben, irisándose en los remates, ensombreciéndose en las curvas; amontonándose y cerrándose, para construir cordilleras; disgregándose y entreabriéndose, para enseñar abismos.

Sobre unas y otros entona sus canciones el

aire. A veces, son ellas dormilonas, monótonas, como canturreo de nodriza; á veces, son alegres, desordenadas, como el cantar de los chiquillos; tan pronto suenas lascivas y trementes, en querella de amor, en requerimiento de goces, como gruñen celosas, amargadas por la sospecha ó rugen vengativas, proclamando el odio, amenazando con la muerte.

A compás de las canciones se agita y vive el Océano.

Cuando el viento entona cancioncillas de cuna, las olas se balancean torpemente, exhalando vagidos; cuando el viento sopla travieso y juguetón, las aguas se revuelven y saltan, llenando el espacio con la risa de sus airones; si habla el viento de amor, las olas van largas, lujuriantes, tendidas, resbalando sobre su base como sobre un lecho nupcial. Al gruñir celoso de aquél, responden éstas encrespándose, retorciéndose, contrayendo y dilatando nerviosamente sus moléculas, cubriéndose de babas amarillas. Al sonar el himno de venganza y de muerte, las aguas se hinchan, un rugido brutal escapa de su fondo; tonos rojizos man-

chan su superficie; olas enormes, verdaderas montañas líquidas, se suceden con vertiginosa rapidez, alzándose frenéticas, combándose fieras en la atmósfera, cayendo con estrépito, para rehacerse y acrecerse con las olas que tras ellas caminan.

Furia del mar, á ninguna otra comparable, ¡qué trágica belleza la tuya cuando tus espumarajos suben rencorosos al cielo, y tu oleaje se entrechoca, y tus fauces negras se abren buscando víctimas, y tus garras se crispan prontas al desgarrar...

Ahora entona el viento sus canciones de amor; ahora van y vienen las olas lujuriosas, tendidas, alzándose temblantes, como duros pechos femeninos; lanzando suspiros de pasión, sordos quejidos de deleite. Entre una ola y otra ola quedan espacios libres, concavidades esmeralda. ¿Dónde van? ¿A qué sitio conducen?

Mis ojos quieren penetrarlas, siguiendo el viaje de los saltadores delfines, perdiéndose en el verde camino, afacetado por los rayos del sol. ¡Ojos los míos pobres, que no alcan-

zan la terminación del camino, que no pueden llegar á los fondos del Océano y recorrerlos, apartando algas, salvando rocas, pisando arenas de oro, hasta darse con el palacio donde fijó su residencia la diosa del Atlántico, con su corte de nereidas y de tritones, de sirenas y náyades!

¡Qué hermosa criatura inmortal será la reina del Atlántico!

La imagino de carne blanca, amasada con nácares; de coral han de ser sus labios; hilos de perlas han de formar su dentadura; sus ojos serán verdes, con el verde luminoso que muestran las olas en su arista; sus cabellos, de finísimas algas; su cuerpo, como hecho para los deleites de un dios...

Vestida por la túnica que tejieron con musgos y adornaron con encajes de espuma las ninfas, sus esclavas, pasará la reina del mar por los bosques que bajo el mar florecen, ó descansará, sobre almohadas de liquen, en su palacio-maravilla. A salvo vivirá de sorpresas, bien guardada por su tropa de monstruos, en espera del dios que la posee y la fecunda.

Este ensueño va forjándose en mi cerebro, mientras mis ojos se clavan en las transparencias verdosas y siguen con envidia el volteo de los delfines.

Fondo oscuro del Océano, á cuyas grandes profundidades ni el mismo sol llega, ¿qué hay dentro de tí? Iluminado por fosforescencias esmeraldinas, ¿eres visión de sublimes encantos? Sin luz alguna, ciego y sordo, ¿eres sepulcro donde todo muere y se extingue?

¡Quién sabe! Por la llanura verde desmayan lentas y tendidas las olas; el padre Sol, hace de la espuma joyel, la brisa canta amores, una gaviota aletea bajo lo azul.

¡Allá va la gaviota! ¿Dónde va? ¿Dónde van las olas que por junto al barco desmayan? ¿Dónde iré yo que las contemplo y sigo pensativo mi viaje?...



Mi amigo el grumete.

Mientras el capitán Barrosa va á la casa consignataria y la tripulación mete sacos de azúcar en el fondo de las bodegas, charlo yo, bajo el puente, con el grumetillo de á bordo.

La costa de Motril es, según gráfica expresión del primer oficial del *Felisa*, no una costa, un espejo, donde Marruecos se retrata. Paisaje, cultivos y personas, hasta el habla gutural de los cargadores, son marroquíes. Por cerca de mí anda un botero que parece hermano del famoso Valiente.

Aún persiste, aún hierve en Motril, triunfando de persecuciones y cruces, la sangre de los moriscos que pelearon contra los Felipes; aún son los cargadores motrileños, reunidos